

JAMES CURRAN, DAVID MORLEY y VALERIE WALKERDINE (Compiladores). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Paidós/Comunicación, Barcelona, 1998, 533 páginas.

MARJORIE FERGUSON y PETER GOLDING (Editores). *Economía Política y Estudios Culturales*. Bosch-Comunicación, Barcelona, 1998, 406 páginas.

La cultura popular, el poder de los medios de comunicación y el papel de las audiencias se han convertido en un área de interés que va más allá de las fronteras académicas. La publicación de dos compilaciones centradas en una variedad de análisis sobre el proyecto y trayectoria de los Estudios Culturales (*Cultural Studies*), así como en la muestra de algunos estudios representativos de la situación actual, resulta sin duda muy útil para las personas interesadas y dedicadas al estudio, investigación y reflexión de las prácticas, teorías y políticas culturales. Y es que los Estudios Culturales son una referencia obligada a la hora de adentrarnos en el amplio campo de la cultura y de la comunicación en las sociedades contemporáneas<sup>1</sup>.

Ambas recopilaciones están atravesadas por lo que ha sido en esta última década un rasgo consustancial en los debates (tanto

---

<sup>1</sup>. Si bien no resulta fácil definir exactamente a los Cultural Studies se trata entre otras cosas (para algunos es una escuela, o una disciplina académica, un movimiento o una escuela), de una red de estudios fundada alrededor de 1970 entre Birmingham, Londres y Bristol. Actualmente es una empresa académica internacional, fuertemente desarrollada en el Reino Unido y en Estados Unidos, pero también en Latinoamérica y Australia. Diversidad geográfica que según Ferguson y Golding refleja una importante divergencia en las categorías analíticas utilizadas. Diversidad que no resulta extraña en tanto que si algo caracteriza a este campo de estudio es su variedad de enfoques, perspectivas e interdisciplinaridad, lo que significa que bajo el rótulo de Estudios Culturales se esconda normalmente una etiqueta cómoda en la que muchos de los autores actuales no se reconocen en el proyecto original, desarrollado fundamentalmente a través de la obra de tres investigadores: Richard Hoggart (1957) *The Uses of Literacy*, Raymond Williams (1958) *Culture and Society*, E.P. Thompson (1963) *The Making of the English Working Class*.

internos como externos) sobre los Estudios Culturales: la crítica a la posición desarrollada según la cual el análisis horizontal de las prácticas y significaciones culturales cobra importancia frente a las relaciones de dominación que se esfuman de esta forma de investigar. En este sentido, la recepción cultural y las audiencias ocupan un lugar destacado frente a la producción, pero además, y frente a la perspectiva estructuralista, se aplauden las «resistencias» de las audiencias y su nivel de autonomía. Consecuentemente, todo ello conduce a la reivindicación de una autonomización de la esfera cultural, lo que implica que la estructura social, las dinámicas económicas y las fuerzas políticas no son considerados como elementos necesarios para la comprensión y estudio de las prácticas y formas culturales. Si bien esta dimensión crítica está presente en las inquietudes y preocupaciones de los compiladores y editores de estos trabajos, es en *Economía Política y Estudios Culturales* donde se convierte en el tema central de la mayoría de las colaboraciones. En éstas es recurrente la apuesta por incorporar los enfoques de la economía política a los análisis culturales, no sólo como fórmula para contribuir a la comprensión de la naturaleza y el impacto de los cambios en la producción cultural, sino, y de forma destacada en los capítulos de N. Garnham y G. Murdock, como mecanismo de reconstrucción del proyecto político iniciado por R. Williams y como ayuda a la construcción de una cultura democrática. En tanto que la «ambición principal de la economía política crítica es trazar detalladamente cómo la dinámica central del capitalismo, y los equilibrios cambiantes entre los mercados y la disposición pública moldean la elaboración y la captación del significado de la vida cotidiana a cada nivel a través de los múltiples marcos de producción y consumo y cómo facilitan, comprometen o bloquean la construcción de una verdadera cultura democrática común» (p. 172). En este sentido, y frente a la siempre peligrosa dicotomía entre unos estudios culturales obsesionados por la diversidad y una política económica obsesionada por la clase y la economía, autores como D. Kellner analizan las posibilidades de un enfoque multiperspectivo para estudiar de forma satisfactoria la comunicación, los medios de comunicación y las culturas populares.

Otro de los aspectos destacables lo constituye el arriesgado acercamiento de los Estudios Culturales a un relativismo populista. Y es que para gran parte de las aportaciones en la década de los 80 se han retirado de las cuestiones de juicio —aunque realmente lo que hacen no es derrocar la jerarquía cultural sino invertirla; es decir, el valor cultural reside en el placer y en el reconocimiento por parte del ‘pueblo’, y lo que certifica el valor de un objeto es la popularidad—, interesándose por las diferencias entre las formas culturales, pero sin identificar y distinguir las prácticas culturales (progresistas o reaccionarias) y sus implicaciones políticas. En este sentido, el deslizamiento hacia un cierto populismo (tema abordado en los capítulos de T. Gitlin, D. McQuail y J. McGuigan), ha reforzado las tesis centrales del capitalismo, a las que los investigadores de esta corriente, al menos en una primera etapa, se habían opuesto. Así, la tendencia populista «pretende apoyar con firmeza al pueblo contra el capitalismo (pero) resuena el eco de la lógica del capitalismo. La sociedad capitalista vende la soberanía del consumidor como el magnífico medio de juzgar el mérito y sucede que encuentra repercusión entre sus pretendidos adversarios» (p. 87).

Por otro lado, las tres secciones de *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo de las políticas de identidad y el posmodernismo* están atravesadas por una variedad de temas, aunque el género, la posmodernidad y la identidad constituyen un espacio y una preocupación muy destacada para una gran parte de los autores que colaboran. Justamente, son estos aspectos de la realidad social los que han sustituido en la corriente de los Estudios Culturales a la clase social como principio fundamental del análisis social y de la configuración de la desigualdad<sup>2</sup>.

En la primera parte, se plantean, a través de los seis primeros trabajos, importantes debates sobre la teoría y la práctica cultura-

<sup>2</sup>. Tendencia que ya ha sido anotada y apuntada, ver: BARKER, M. y BEEZER, A. (Eds) (1994): *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona, Bosch-Comunicación.

les contemporáneas. Así, S. Hall aborda las propuestas de L. Althusser para reflexionar sobre el papel del sujeto en la ideología, y para definir los procesos ideológicos como significados, representaciones e ingredientes básicos de las experiencias subjetivas. Para P. Gilroy la genealogía de la identidad en los textos de los estudios culturales podría aportar importantes consideraciones acerca de las discusiones contemporáneas sobre el multiculturalidad, entendiendo que la búsqueda de estrategias para aumentar la tolerancia pasa por comprender la diferencia cultural a través de nociones como jerarquía y hegemonía. D. Morley, en el tercer artículo, se centra en los distintos significados del posmodernismo y nos plantea críticamente que la crisis cultural presente en los discursos posmodernistas «quizás podamos localizarla más concretamente como la expresión de una crisis más concreta: la crisis de los intelectuales blancos socialmente móviles de Europa Occidental y Norteamérica, que están en declive. Intelectuales que trabajan en una serie de instituciones públicas decadentes del sector, bajo condiciones concretas de las políticas monetaristas» (p. 100). En una línea similar, D. Hebdige contrapone a la postura posmodernista nihilista los sentimientos e interpretaciones de las personas (concretamente las de sus propios vecinos) hacia determinados productos y prácticas culturales. Si bien para algunos intelectuales se ha derrumbado la necesidad de un ideal, de dar valor y significado a las experiencias, no ocurre así desde el punto de vista de las experiencias —punto donde lo individual y biográfico se encuentra con lo colectivo y lo histórico— de hombres y mujeres. V. Walkerdine se propone construir sobre la formación y vida de las personas que viven bajo la opresión, considerando que para ello son inseparables las experiencias de la clase obrera de las ficciones y fantasías dentro de las cuales la vida se crea y es leída. Las costumbres son tanto materiales como discursivas; en este sentido, abre un camino en el que revisa los estudios centrados en la relación ideología/conciencia y los referidos a los medios de difusión. Para cerrar esta parte, J. Curran propone una guía amplia sobre la sociología de los medios de comunicación. Frente a las perspectivas que abordan los medios de comunicación como estructuras que actúan de arriba abajo, pero frente tam-

bién a los que sostienen que operan de abajo arriba, el autor defiende y se posiciona en torno a un nivel de análisis que explora la relación social de los medios de comunicación y las audiencias en el marco amplio de las relaciones de poder.

En la segunda parte se hace especial mención a los contextos institucionales en los que se produce la comunicación de masas. Los aspectos organizativos y la economía política de los medios de comunicación son también aquí elementos de primer orden, a juicio de los compiladores (p. 257), para restar la expansión de visiones simplistas que bien analizan los medios como meros reflejo de algún aspecto de la sociedad, bien describen a la audiencia en términos de soberanía y autonomía. Básicamente, se presentan estudios concretos sobre la producción de productos como la revista femenina, el conocimiento científico, la música y el cine. A. McRobbie, S. Kember centran sus trabajos en el género pero abordando aspectos de la producción desde registros contrarios: por un lado, McRobbie encuentra en las revistas femeninas actuales una definición de la sexualidad femenina más completa y más cercana a la igualdad entre géneros, lo que implica que estos productos son vistos y analizados por la autora en claves de movilidad, reflejo de los cambios ocurridos en las conciencias de las mujeres y como fruto de las visiones de las mujeres encargadas de producir dichos productos. Sin embargo, Kember describe como el conocimiento científico y tecnológico sigue atravesado por el poder masculino, de tal forma que sustancialmente la ciencia no se ha transformado en razón de los cambios e ideologías feministas. Por otro lado, D. Hesmondhalg y Y. Tasker estudian el campo de la música rock y de las producciones de Hollywood para llegar a la conclusión de que pese a la generalización de 'las producciones independientes' de las grandes compañías e industrias, ello no garantiza que sean fuente de diversidad, innovación y calidad, ni menos como expresión de resistencia o disconformidad social (como se ha entendido en la versión más romántica del rock); además, las producciones independientes, tanto en el campo musical como cinematográfico, no escapan del movimiento de la economía capitalista, normalmente bajo la conversión en satélites de las grandes productoras y distribuidoras.

La tercera parte recoge una serie de trabajos centrados en el consumo. Destacamos los cuatro primeros capítulos que se presentan como un debate entre J. Curran y D. Morley sobre las investigaciones realizadas dentro del campo de los estudios culturales durante los años 80 y principios de los 90. Las posiciones de estos dos autores difieren en cuanto a la importancia que le conceden a las «revisiones»: para Curran, a pesar de admitir que algunos aspectos de este «revisionismo» son importantes (sobre todo permite desarrollar modelos más complejos reconociendo un espacio más importante para la audiencia que deja de ser considerada como producto o efecto de la determinación de las estructuras), centra la atención en señalar los peligros de una idealización de la soberanía del consumidor, además de intentar demostrar que los pretendidos «nuevos» enfoques sobre las audiencias ya habían sido refigurados en el campo de la comunicación. Sin embargo, para Morley, y aun cuando se siente igualmente insastifecho con la tendencia de algunos estudiosos a exagerar el poder cultural de la audiencia, considera que la comprensión sobre la forma en que las audiencias obtienen placeres y significados de los productos de los medios de comunicación sigue siendo crucial para el análisis de la cultura popular. En este sentido, sugiere como desafío «intentar integrar el análisis de las cuestiones más amplias de la ideología, el poder y la política (...) con el análisis del consumo, los usos y las funciones de la televisión en la vida cotidiana» (p. 224, *Economía Política...*).

*Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo de las políticas de identidad y el posmodernismo; Economía Política y Estudios Culturales* constituyen dos obras de necesaria lectura no sólo para comprender el estado actual de los Estudios Culturales y conocer importantes críticas a sus trayectorias, sino también para investigar la esfera cultural desde una línea que rompa con posturas dicotómicas que no ayudan a comprender, en su complejidad, los procesos de las culturas populares y las comunicaciones. Al proyecto, amplio y heterógeno, de los Estudios Culturales, le queda el reto de seguir construyendo contribuciones al campo de los análisis culturales y de los medios de comunicación, el momento de transición por el que están pasando

puede servir de reubicación de autores y líneas de investigación, aunque también se puede caer en la peligrosa laguna de la autorquía intelectual (p. 35, *Economía Política...*), toda vez que empiezan a proliferar trabajos cimentados en la historia personal de los investigadores, en donde la autobiografía se convierte en la raíz intelectual y es usada como fórmula de construcción teórica<sup>3</sup>.

*Carmen Nieves Pérez Sánchez*

---

<sup>3</sup>. Las referencias de las vidas y orígenes sociales (raza, género y clase social) como estrategia de construcción y reflexión teórica es usada por autores como S. Hall, P. Gilroy, V. Walkerdine y D. Hebdige.